

CAPITULO XXXIV.

FRANCIA Y AUSTRIA.

Paris, Mayo de 1869.

Un momento habíamos respirado creyendo que era firme el propósito en los Gobiernos francés y prusiano de asegurar á Europa la paz, comenzando por una rebaja simultánea de sus ejércitos. Periódicos, si no acreditados de oficiales, acreditados de veraces, llegaron á publicar esta feliz nueva en París, recibida por un clamor de entusiasmo en todas las ciudades y por una tendencia á la alza en todos los mercados. Pero pública, solemnemente, por encargo del Gobierno, un periódico oficial francés ha desvanecido con desdeñoso mentís semejante celaje de esperanza. Y el horizonte de Eu-

CAPITULO XXXIV.

FRANCIA Y AUSTRIA.

Paris, Mayo de 1869.

Un momento habíamos respirado creyendo que era firme el propósito en los Gobiernos francés y prusiano de asegurar á Europa la paz, comenzando por una rebaja simultánea de sus ejércitos. Periódicos, si no acreditados de oficiales, acreditados de veraces, llegaron á publicar esta feliz nueva en París, recibida por un clamor de entusiasmo en todas las ciudades y por una tendencia á la alza en todos los mercados. Pero pública, solemnemente, por encargo del Gobierno, un periódico oficial francés ha desvanecido con desdeñoso mentís semejante celaje de esperanza. Y el horizonte de Eu-

pa se parece hoy al horizonte de esos dias calurosos, sofocantes, en que falta casi el aire respirable, y en que sin resonar un trueno, sin caer una consoladora gota de lluvia se ven por todas partes serpentear siniestros relámpagos, nuncios seguros de proximas tempestades. La presentacion de proyectos al Cuerpo legislativo, como el proyecto de caminos vecinales, indica la paz y cumple las promesas dadas por el ministro de Justicia en un discurso tranquilizador: pero se conserva todavía con tal intensidad la perfidia púnica de las antiguas diplomacias que nunca se hallan los Gobiernos más próximos á un terrible encuentro que cuando se dan prendas de amistad, ni nunca más inminente la guerra que cuando se promete la paz; el caso es coger desprevenido y desarmado al enemigo. Yo no diré como Bismarck dijo hace poco tiempo, que la guerra entre Prusia y Francia es una fantasmagoría. Yo no diré que la cuestion de Oriente deba en seguida promover un conflicto y traer la guerra entre Rusia y Francia. Yo no profetizaré ni la paz ni la guerra, porque si puede preverse un suceso allí donde las sociedades siguen una ley como en los Estados-Unidos, no se

puede prever aquí en Europa, donde las sociedades siguen el capricho de cuatro ó cinco soberanos. Pero si diré que los armamentos imperiales me parecen más bien aseptados contra Francia que contra Prusia ó contra Rusia. Se trata de impedir á toda costa el despertamiento del pueblo francés. Se trata de tenerlo débil por la sangría del ejército y embargado por el pensamiento de la guerra. Se trata de impedir que un pueblo conquistado ya á la democracia por la conciencia de su soberano y por la práctica del sufragio universal, corone la grande obra que tantas veces ha prometido en vano coronar el Emperador, la corone, arrancándose la sombría diadema de la dictadura y ciñéndose la fúlgida diadema de la libertad. Pero yo no comprendo mayor calamidad que esta incertidumbre en los ánimos, estos ejércitos armados hasta los dientes y decididos á sostenerse con el arma al brazo, los tributos perdidos en un impuesto crecidísimo, y este impuesto crecidísimo perdido en un improductivo estado de paz armada, más asolador que la guerra porque trae la consunción, la tisis de los pueblos. Los antiguos Césares lanzaban para divertirse los gladiato-

dores á la arena y los veían morir con gozo entre el estruendo de un gran combate; los Césares modernos lanzan para sostenerse á los pueblos á un desafío eterno, á una arena donde se fatigan bajo el peso de sus armas, se desesperan con vanas amenazas y se consumen tristemente en oprobiosa impotencia hasta morir estenuados por tan horrible tormento.

Ignoro si llegará un día en que Europa se convenza de cuán superior es aquel pueblo, eterno modelo alzado en América para la enseñanza de los demás pueblos, que sin reyes, sin aristocracias, sin títulos vanos, sin condecoraciones pueriles, sin una Iglesia oficial se gobierna á sí mismo; cuán superior es aquel pueblo de los Estados-Unidos á estos pueblos europeos, los cuales por regla general tienen su vida pendiente y su gobierno adscrito á la voluntad de los soberanos, que se imaginan en su soberbia tan lejos de ellos como el pastor de su ganado. Nada más horrible que ver dependiendo la suerte de un pueblo del humor de un monarca. Habrán notado mis lectores de América que jamás he podido dejarme contagiado del entusiasmo general que han levantado

entre los liberales de Europa las reformas de Austria. La experiencia me enseña que estas libertades prometidas en virtud de una cábala política, son siempre estériles y fugaces, como estas antiguas familias reales que se consagran algún tiempo á proclamar por fuerza la democracia son siempre pérfidas y traidoras. Los hechos confirman diariamente mis aprensiones, adquiridas en la escuela de nuestras desgracias. Ya os he anunciado repetidas veces que el emperador de Austria se tomaría mucho tiempo antes de sancionar la ruptura del Concordato con Roma. En efecto, todavía no la ha sancionado. Pero no se contenta con esto, hace más, propone que las Cámaras no voten ninguna ley hasta que la Emperatriz haya salido de su presente embarazo, que alcanza ya el noveno mes. Imaginaos que un presidente de cualquiera de las repúblicas americanas quisiese detener por embarazos de su mujer las decisiones de un Parlamento republicano; inmensa carcajada resonaría en esa libre tierra de polo á polo. Ya sólo falta que el Emperador pida á las Cámaras el nombramiento de una comisión de comadrones. Domiciano reunió un día en el templo de Júpiter solemnemen-

te al Senado romano, pronunciándole pomposos discursos y haciéndole sublimes saludos, para consultarle con qué salsa debía guisar un pescado. La tiranía es siempre insolente. El emperador de Austria insinuó su idea al presidente de su Consejo, éste á los presidentes de las Cámaras, estos á sus respectivos secretarios, éstos á las diversas comisiones, y el resultado ha sido que las Cámaras indignadas han acelerado todos los proyectos. La escena que voy á referiros se parece á una escena de la Revolución francesa. El Emperador ofendido llama á Beust, su primer ministro, y le dice que las Cámaras no le han guardado respeto. Beust le contesta que las Cámaras á su vez se quejan de que el Emperador ni tiene mucha confianza en su lealtad, ni mucha adhesión á sus reformas. Entonces el Emperador le declara francamente que le repugnan mucho las reformas relativas al Concordato y le consulta qué sucedería en Austria si él se negara á sancionarlas. Sucedería un grave conflicto entre el Emperador y el Parlamento. Y como se conoce que el Emperador es novicio en ciencia parlamentaria, pregunta qué haría el Parlamento en este conflicto. «Negar

á V. M. el voto de los impuestos.» «Y si yo los cobrase prescindiendo de ese voto,» le replica el Emperador. «Entonces, dice Beust, vendría la revolución.» Esto es matemático. Esta guerra entre las viejas familias reales y las nuevas libertades democráticas me parece tan necesaria, tan fatal como las leyes de los graves. Las sociedades no marchan al acaso; tienen una mecánica tan real como la mecánica celeste, una ley que encontramos en nuestros imperfectos libros de filosofía de la Historia como los astrólogos de la Edad media entreveían en medio de sus fantásticos ensueños algunas de las grandes verdades de Newton y de Laplace sobre el sistema planetario. Y en la mecánica social hay una ley de repulsión que divorcia los pueblos modernos de sus viejas instituciones y una ley de atracción que los arrastra á la democracia |

CAPITULO XXXV.

LOS PUEBLOS ORIENTALES.

Las cuestiones rusas recuerdan las cuestiones de Oriente. Las cuestiones de Oriente recuerdan las cuestiones de Grecia. Aquí hay también un crimen político, y donde quiera que hay un crimen político se siente un malestar social. Este crimen es la conquista de Grecia por Turquía. Cuatro siglos han estado las razas turcas dominando las razas griegas, y si les han infundido su sangre, no les han infundido sus ideas. Grecia ha forcejeado en sus hierros fuertemente, reclamando su derecho, como si no hubiera nunca huido de aquel sagrado suelo el espíritu de sus héroes. Hay indudablemente en el árabe y en el turco cierta tolerancia religiosa que dimana de su altísima concepción

CAPITULO XXXV.

LOS PUEBLOS ORIENTALES.

Las cuestiones rusas recuerdan las cuestiones de Oriente. Las cuestiones de Oriente recuerdan las cuestiones de Grecia. Aquí hay también un crimen político, y donde quiera que hay un crimen político se siente un malestar social. Este crimen es la conquista de Grecia por Turquía. Cuatro siglos han estado las razas turcas dominando las razas griegas, y si les han infundido su sangre, no les han infundido sus ideas. Grecia ha forcejeado en sus hierros fuertemente, reclamando su derecho, como si no hubiera nunca huido de aquel sagrado suelo el espíritu de sus héroes. Hay indudablemente en el árabe y en el turco cierta tolerancia religiosa que dimana de su altísima concepción

del Dios único; pero el orgullo aristocrático de su sangre, el respeto supersticioso á su historia, las tendencias místicas de su pensamiento, la adoracion continua de todos los instantes, como si la vida fuera una plegaria, el fatalismo elevado á dogma en la religion y en las obras, lo aislan fácilmente, quedando en medio de las razas más simpáticas y más atractivas, solo, como una palmera perdida en el desierto.

Lo mismo en España que en Grecia, las razas cristianas han absorbido por todos sus poros la vida oriental; pero las razas orientales no han absorbido la vida europea. Y no se diga que el turco era superior al griego del siglo xv, y el árabe superior al español del siglo vii. Los griegos, dispersos por las cimitarras turcas, todavía trajeron á Occidente los gérmenes del Renacimiento. Y los árabes de España fueron superiores á los cristianos hasta el siglo xiii; pero desde este siglo la superioridad pasó á los cristianos, y no por eso los imitaron los árabes. Esas razas semíticas brillan esplendorosamente en las épocas religiosas y en las épocas guerreras, cuando se trata de conquistar la conciencia por la fé ó la tierra por la espada.

Así los tres más grandes iniciadores de religiones que cuenta el mundo, han sido semitas: Moisés, Jesucristo, Mahoma. Pero en cuanto estas épocas han pasado, y el raciocinio ha sucedido á la fé, árabes y judíos quedan con sus libros teológicos muy por bajo de aquellas razas que sienten el aguijón de la duda y la necesidad del razonamiento. Por consecuencia, no absorbiendo la vida de las razas cristianas que les ha sometido la espada, y no superándolas ni en instituciones ni en inteligencia, el dominio mahometano pasa á ser una conquista eterna en vez de una asimilacion. Los turcos se ven rechazados de Grecia despues de cuatro siglos, como despues de siete siglos se vieron rechazados los árabes de España. La guerra de la independencia griega es uno de los cánticos de la epopeya de nuestra edad.

Pero esta obra, como casi todas las obras de nuestros días, como la independencia de Italia, como la unidad de Alemania, quedó incompleta. Una de las regiones griegas que soporta con mayor indocilidad el yugo turco, es esa region de albaneses, raza valiente, confinada en sus altas montañas,

que fueron el templo de los vencidos, el refugio de los penates salvados, el baluarte último donde se resistió con gloria la independencia griega. Imaginaos los árabes todavía en Astúrias, y comprendereis los turcos todavía en Albania, en el antiguo Epiro, ese nombre que evoca la gloria de Alejandro. Las olas del Adriático, besando la raíz de sus desfiladeros, les llevan de continuo acentos de libertad. Su historia, recordándoles que en 1444 sacudieron el poder turco extendido sobre toda Grecia, les infunde esperanzas de independencia. La tenacidad con que han luchado y la dificultad con que se han sometido, les hacen guerreros por naturaleza. Los montenegrinos, esos montañeses que han logrado aterrar á Turquía, están á su espalda; y cuando dilatan los albaneses la vista por Occidente, ven allá lejos las costas de Italia, ayer esclavas y hoy emancipadas, más que por las armas, por los votos de todo cuanto hay ilustre en Europa, del génio, de la elocuencia, de las artes, que si en Italia se desarrollaron durante las edades modernas, nacieron en Grecia durante las edades antiguas.

En la capital de Albania, son diarios,

pues, los conflictos entre turcos y patriotas. La sepultura de Bibi-Dora, uno de los héroes y de los mártires de la Albania, ha sido violada. La tribu á que este guerrero pertenecía, tribu montañesa, heroica, pero feroz, ha jurado toda entera, sobre la tierra removida y huérfana de los ilustres huesos, vengar en los turcos esta afrenta á su raza, este ataque á la santidad de la muerte. Cebaos sobre los vivos, dicen, pero dejad en paz á nuestros muertos. Las autoridades turcas han prometido buscar y castigar á los profanadores de las tumbas. Pero no los encuentran. Convencidas las tribus albanesas de que no los encuentran por complicidad y por negligencia, han comenzado á cumplir su juramento de venganza, preñado de una guerra de exterminio. El Sultán se ha alarmado, y envia á Albania un gobernador especial, que, si como hay razon para temer, extrema su autoridad, verá extremar á los insurrectos sus violencias. Otra guerra de Creta puede allí empeñarse, guerra desastrosa, inútil, que deje la tierra sembrada de ruinas y de cadáveres, que procure una nueva intervencion á la desdichada diplomacia europea, y una nueva victoria al

moribundo Imperio turco; pero que señale con un rastro, del cual se alcen vapores de sangre, la estela funesta de crímenes sembrada por los errores de los poderosos en el camino de los pueblos.

Ya que hablamos de Oriente, bajemos á ese Imperio, que aspira en su agonía á engrandecimientos en las regiones orientales, bastantes á compensarle de sus pérdidas en Alemania y en Italia; bajemos al Imperio austriaco. Las Dietas provinciales se han reunido en Galitzia, en Bohemia, en Morabia, con resultados opuestos. Galitzia, provincia de origen polaco, está decidida á luchar por el engrandecimiento de su autonomía en el terreno legal. En cambio Morabia y Bohemia se han decidido por el retraimiento, convencidas de que una revolucion, y sólo una revolucion, podrá satisfacer sus quejas y realizar sus aspiraciones. La diferencia de conducta dimana de la diferencia de posición en que se hallan cada una de estas regiones. Mientras los polacos de Galitzia, provincianos de una grande nacionalidad que pretenden resucitar, se contentan con Dietas provinciales, los esclavos de Bohemia y Morabia, que componen una sola nacion,

con lengua propia, con propio carácter, dotada de rico suelo, de industria floreciente, de comercio activo, con su literatura y con su historia, enseñándoles cómo se perdieron el día de su abdicacion á los piés del Emperador español, nieto de Isabel la Católica, hermano de Carlos V, que reinaba en Austria, y cómo sólo pueden levantarse en dignidad y en grandeza, reivindicando la independencia perdida por un funesto error de sus mayores; los esclavos de Bohemia y de Morabia, no se contentan sino con una Asamblea nacional como la Asamblea de Hungría. Admitir las Dietas provinciales sería tanto como admitir el carácter de provincias cuando se creen nacion. Aplaudamos tal conducta. Es necesario oponer con firmeza á los hábiles amaños del Imperio la incorruptible energía del pueblo.

FIN.